

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

POR TIERRAS CATALANAS EL TREN DE LA MONTAÑA

DE todos los ferrocarriles que he utilizado en mi vida, ninguno me ha producido tan notable impresión como el tren miniatura que va camino del lago Estangento, desde el terminal del funicular. Es un recorrido de seis kilómetros bordeando precipicios temibles y con varios túneles. La tracción era hasta hace pocos años de mulas, y estos sabios animales dominaban de tal forma el itinerario, que no sólo caminaban al ritmo justo que exigía el pequeño convoy, sino que paraban en seco su pisada cuando notaban que algún vagón se salía de la vía. Los raíles son pequeños y poco elevados para evitar el riesgo del descarrilamiento. La locomotora es hoy una pequeña diesel, con su puesto de mando y manivela, montados sobre la tapadera del motor. El vagón cerrado es como de juguete, con sus varias banquetas de madera y capacidad tan reducida como para que en él se sienten todos los liberales que quedan en España. Otros vagones descubiertos completan el convoy. El trifulcaje del tren, hociquea las diversas unidades en una dubitación alarmante sobre el abismo a pesar de marchar a quince kilómetros por hora. Pero a poco de empezar el viaje el panorama de las montañas es tan bravío, la sucesión de los paisajes tan extraordinaria, el trasfondo de la sierra pirenaica, tan emotivo, que el riesgo, el vértigo y el temor dan paso a un talante de admiración y de inmersión en el ambiente de altura que empapa nuestra atención de modo preferente y ya no somos sino un grupo de excursionistas que nada quiere perder de lo que ante sus ojos se desarrolla.

He aquí a la naturaleza en toda su plenitud y esplendor. Se habla hoy mucho de la defensa de la naturaleza, de su protección y de su salvamento. Un escritor francés, Philippe Lamour, escribía sobre este tema que la naturaleza no ha vivido sola, sino acompañando al hombre. Y que es, precisamente, el entorno del hombre y el medio que le rodea, le alimenta y le sirve de apoyo y sustento. Por eso ocurre un doble fenómeno en los actuales momentos. De una parte, la contaminación de diverso origen, destruye o pone en grave peligro a la naturaleza. Pero de otra parte, el abandono de la naturaleza por el hombre, el absentismo masivo, la despoblación de lugares, masías o pequeños núcleos urbanos crea una serie de circunstancias que, en definitiva, ponen también en riesgo a la naturaleza habitada, que, durante siglos, tuvo al hombre, al labrador que en ella vivía, como principal elemento regulador de su equilibrio. El hombre cazaba, roturaba, cultivaba, creaba riqueza ganadera y forestal, abría caminos de acceso y protección. El abandono del campo pone en peligro todo eso y devuelve las laderas y los valles al primitivismo selvático. Desde el ferrocarril se veían en las honradas los vericuetos pedregosos por los que baja el río Flamisell, alimentado por el complejo sistema de lagos intercomunicados que forman el conjunto energético. Es final de julio y el día es radiante y de transparente diaphanía. Pero a dos mil metros de altura corre un aire sutil y delgado que trae con su oxígeno, algo enrarecido, el frío de los neveros de los Montes Malditos que cierran con su enorme mole el paisaje norteo.

Vamos ceñidos al Montseny, tan ajustados a su declive que no alcanzamos a divisar su cima que apenas dista seiscientos metros del nivel que trasponemos. En este mismo tren, llevado por tracción animal, vino a finales de los años veinte don Alfonso XIII a visitar las instalaciones del Estangento. Tenía —me dicen— la doble curiosidad del perpetuo viajero itinerante que trataba de conocer rincones inéditos de su país y la necesidad de informarse sobre el terreno, de las iniciativas técnicas o económicas que significaban elementos decisivos en la modificación de las infraestructuras nacionales. El complejo del Estangento fue en sus tiempos —principios de siglo— una obra maestra de la ingeniería hidráulica. La construcción de las enormes instalaciones duró cuatro o cinco años, y en ella intervinieron miles de obreros que tenían instalados barracones de montaña. Fue un verdadero ejército del trabajo que acampaba a dos mil doscientos metros de altura, entre nieves y hielos una buena parte del año, con problemas ingentes de alimentación, higiene y sanidad.

Almorzamos truchas del lago, recién pescadas, con una sabia y dosificada salsa de cerveza que espuma y envuelve el tierno y sabroso cuerpo del habitante de las aguas limpias de la montaña. ¿Cuál es la esencial diferencia entre el pez de río y el pescado de mar? Comer un túnido fresco, el bonito del Cantábrico, por ejemplo, es probar un fuerte alimento rico en grasas y en proteínas, que lleva en su apretada carne, hecha de rodajas superpuestas, como las capas concéntricas del tronco de un árbol, un intenso sabor marítimo de agua batida, de las olas de profundidad. No sólo se percibe en él, la sal, sino el gusto de otros pescados menores, como la anchoa que han servido para alimentarle, de igual suerte que se percibe en ciertos jamones serranos el aroma de las bellotas que sirvieron al engorde porquerizo. Pues bien, la trucha nos da una sensación enteramente distinta, de animal alimentado de cosas finas, exquisitas, que vive entre cascadas y pozas, claras, transparentes, y que nos ofrece su cuerpo para darnos un sustento vital, de limpia ejecutoria. Se concibe que la trucha sirviese de reserva alimenticia importante y hasta decisiva, en los monasterios cistercienses y trapenses para ayudar a la ascesis espiritual. Pienso, en cambio, que es difícil concebir a un ermitaño comiendo atún, que aunque pescado, casi se podría clasificar como carne, en una interpretación inmovilista y «ultra» de los principios fundamentales de la abstinencia.

¡Maravillosa y variada Cataluña! Yo desconocía esta región lacustre y montañera, frondosa y, más arriba, desnuda, del Pireneo leridano, cuyas aguas descendentes abren otros tantos cauces fluviales que dan nombre a los valles perpendiculares a la cordillera, el Noguera de Tor, el Flamisell, el Pallaresa, el Segre. Paisajes estrechos, arbolados, eternamente arrullados por las tonterías, que bajan entre cantos rodados gigantes, hacia el mar del habla romana. Desde aquí arriba se contempla el macizo inmenso, donde las nieves se hacen estanque y río y saltan hacia diversos rumbos para despeñarse hacia las tuberías forzadas. Mis acompañantes catalanes, hablan de gastronomía indi-

gena, en términos de alto tecnicismo, para mí, inalcanzable. Otro rato lo dedicamos a la toponimia y a su interpretación, lo cual lleva el discurso hacia la filología y sus innumerables vertientes. La lengua catalana es una hermosa y viviente realidad como lengua de cultura y vehículo de universal relación. Oyéndola resonar en estos picachos parecen adecuarse sus acentos específicos al contexto del paisaje con el estilo arquitectónico románico, milenario, asomando al fondo, en los campaniles de los pueblecitos del valle. Del latín imperial que trajeron soldados y cónsules, abogados y jueces, funcionarios y comerciantes hace dos mil años a la península se formó también, como en estas montañas, un inmenso depósito de vocablos del habla de Roma, dividido en lagos diversos que luego se vertieron en los distintos idiomas de la península, el portugués, el gallego, el español, el catalán, cara a diversos horizontes y mares. De la nieve latina derretida se hicieron ríos vernáculos, caudalosos y enérgicos que tomaban el sabor de cada cultura. Hay un conocido y picante pasaje de la obra de Proust en que determinado personaje que presumía de buenas letras, critica los giros y modismos del lenguaje francés de una sirvienta campesina que mezclaba anacronismos de buena ley, con anomalías gramaticales de la provincia rural. «Lástima que estropeen de esa manera nuestra lengua», decía. Y el narrador comenta: «Pero todo lenguaje de cultura ¿no es en realidad el resultado de una o varias lenguas anteriores, estropeadas por el uso, a través de los siglos?». Junto a la digresión literaria, surge en nuestra sobremesa, el tema histórico, evocado por la extensa visión del territorio que se abarca desde allí arriba. Los condados primitivos, yuxtapuestos, que hacían frente, apoyando sus espaldas en la gigantesca cadena pirenaica, a la avalancha musulmana, se adivinan aquí, con sus límites fronterizos que marcaban cuencas de ríos o divisorias de sierras que aún hoy se comprenden perfectamente, a la escala de la limitada y pobre estrategia de los siglos iniciales de la reconquista. Nos habla un comensal de documentos del siglo IX que hacen referencia a un episodio preciso. Siempre que vengo a Cataluña me impresionan, entre otras cosas, el arraigado sentido historicista que tienen sus hombres en general, muy superior a la media de otras regiones peninsulares. El catalán conoce el pasado de su tierra, hondamente, apasionadamente. Esta es una tierra que hace del ayer, fuente, no sólo de costumbre con jurisdicción legal vigente, sino motivo y estímulo de tradición viva que sirve de base a la coexistencia contemporánea. Pues sin ese cimiento, ¿cómo se puede lograr una mínima solidaridad colectiva?

El tren de juguete se ha vuelto a poner en marcha en su jornada de regreso. Es Disneylandia en los Pirineos. Volvemos al funicular vertiginoso, no por la velocidad, prudentísima, sino por la pendiente, próxima a la verticalidad. Mientras el mundo mágico de la alta montaña se esfuma y desaparece en contados minutos, nos sumergimos de nuevo en el valle para perdernos en la barahúnda de la horizontalidad.

José María DE AREILZA

TEMA DE REFLEXION

VENTAJAS DE LA RUTINA

QUIZA éste fue el primer objetivo serio de la gente y sigue siéndolo: la eliminación de la aventura. Lo que de veras se desea es —valga la fórmula— vivir en paz y gracia de Dios, sin demasiados riesgos físicos ni morales. Y cuando digo «gente» me refiero a la mayoría: a una mayoría indiscutible. El ideal podrá parecer triste, penosamente mediocre, aburrido: acostumbrados como estamos a una cierta mitología del heroísmo, de la ambición y hasta del «acto gratuito», no cabe duda de que el proyecto resulta poco brillante. Pero, de entrada, nadie aspira a ser Napoleón, ni Shakespeare, ni Fúcar, ni Al Capone, ni nada de eso. Rectifico: casi nadie. Incluso cabría añadir que, en los cálculos del vecindario, no figura siquiera la esperanza de la que tradicionalmente se llama «felicidad». El asunto de la «felicidad» pertenece a los trucos de la charlatanería filosófico-literaria, ya muy de capa caída, por fortuna. Las previsiones se centran en algo terriblemente modesto: vivir lo menos mal posible. La peripécia humana, en su estricto esquema biológico, se impone como programa de exigencias básicas. Nacer, crecer, reproducirse y morir, desde luego, y, además, lo que se pueda intercalar en términos de delicia, de libertad, de pensar en las musarañas a ratos perdidos: no se pretende otra cosa. De la cuna a la sepultura, sin excesivas zancadillas amargas.

Y no me olvido de las situaciones «en trámite». Al contrario: conviene examinarlas precisamente desde esta perspectiva. Hay todavía mucha «aventura» empeñada en cumplirse. Mal señal sería, si no. Al fin y al cabo, el marco de circunstancias confortables que se aspira a conseguir no pasa de ser, en realidad, una premisa vaga y fluctuante. Para remediarla, la aventura es un camino: individual o de grupo, se dirige a ganar una forma u otra de seguridad. No importa cómo ni dónde: el problema que apunta es anterior o posterior a esto. Por ejemplo: el tipo que procura afanosamente hacerse rico en poco tiempo. ¿Especulador, lince, gángster, genio? Técnicamente, sería un señor que precipita el proceso del ahorro, y disculpen el sarcasmo: confía, sin duda, en el goce final, reposado, de los beneficios, con la plácida serenidad de un padre de familia perfecto. Otro tanto, los que promueven revoluciones y los que montan planes de desarrollo,

antipodas: el ajeteo de la maniobra puede ser cruento o no, y contiene más intenciones, pero la meta se define, según afirman los respectivos programas, en un plus cada vez más pingüe de «seguridad». La coincidencia última —teórica— resulta innegable. La aventura en cuestión será limpia o criminal: esto es otra historia.

Lo es igualmente el residuo de la aventura porque sí. Sin embargo, las multitudes no están para tal género de bromas. Lo que anda en juego es, decididamente, la subalterna fluencia de las multitudes. Son —somos— las personas vulgares y corrientes, huelga advertirlo. Salvo error o excepción, no nos inclinamos a imitar los modelos conspicuos: el santo, el héroe, el sabio, el don Juan, el... Serían angustias, espasmos, tribulaciones, sacrificios, que fastidiarían. Lo que cuenta es nacer sin agobios, crecer con buena salud y alimentos oportunos, reproducirse en medio de ilusiones sonrientes, y morir muy tarde, en una cama digna, y, si hay suerte, preservados de dolores ignominiosos. La añadidura tampoco parece excesiva: cada cual a su gusto, y de vez en cuando, oír música, ir al fútbol, votar, leer libros, echar una cana al aire, coleccionar sellos, dormir, horas extra, meditar sobre las postrimerías, redactar poemas o manifiestos, y operaciones similares. De hecho, nadie pide más, ni eso es pedir gollerías. Mientras el precio a pagar, en trabajo y en independencia, no sea demasiado caro, la humanidad se conforma con este pequeño repertorio de satisfacciones. Más aún: procura convertirlos en rutina. De que lo sean depende su supervivencia. Como «especie».

Me temo que desvirtuaríamos el problema si, de una parte, lo embrollásemos con prejuicios metafísicos, o si, de otra, lo redujésemos a un mero episodio de lucha de clases. Lo uno y lo otro influyen en el planteamiento, y mucho, por descontado. Pero se ventila en ello, guste o no, una eventualidad más profunda, más radical: la perpetuación de la especie. Con frecuencia, con una frecuencia escandalosa, tendemos a ignorar que, a través de la política, de la historia, del dinero, de las obras públicas, de la literatura, de las máquinas y de los

conceptos, del comercio y de las bombas, de la lógica matemática y del amor, de las farmacias y de las oficinas, la humanidad intenta perdurar. Y fundamentalmente no intenta más que perdurar, y perdurar en tanto que especie. Como lo hicieron en su día los dinosaurios. Como lo hacen aún los pumas, los hipopótamos, las hormigas, los vencejos, las carpas, los cangrejos. La prosopopeya de nuestras veleidades «humanísticas» nos lleva a suponer que escapamos a la fatalidad «natural». Es una tontería. Ciertamente, el hombre es «hombre» en la medida en que ha logrado dominar la Naturaleza, empezando —ahora con minúscula— por su naturaleza. Pero, en sus rasgos más arrogantes, derivó a una infatuación peligrosa: todo eso de la «polución», del «agotamiento de la energía», de las «neurosis socializadas» —lo único que verdaderamente se ha socializado— a base de ruidos, circulación y lavados televisivos de cerebro, son catástrofes que el hombre ha inventado contra el hombre. Se imaginó invulnerable.

Y no es invulnerable: prácticamente, lo es tan poco como el puma, el hipopótamo, la hormiga, el vencejo, la carpa, el cangrejo. Exagero, aunque no demasiado. Por lo que hasta ahora se sabe —y son hombres quienes dicen saberlo—, la única especie zoológica globalmente propensa al «suicidio» es la humana... Corrijo: no la «especie». «La «especie», en su traducción más visible y resignada, somos la «mayoría»: esas muchedumbres subalternas, grises, callejeras, que vegetan en sus rutinas. La espuma superficial de los colorines, del mando, del desgarro, del lujo, crapolosa, pía, sangrienta o fantástica, abocada a la aventura, provoca hecatombes y sufrimientos aberrantes: mata, explota, oprime. Todo hay que decirlo: sin algunas de esas depravaciones —Incluyendo en ellas la guerra—, todavía estaríamos en las cavernas. Cuando un chaval maocista se enfunda su pantalón vaquero o su camisola de cruzado, cuando uno cualquiera de nosotros toma un refresco o una aspirina, o sube al «metro», o compra un periódico, está ejerciendo de «parásito», no sólo de los obreros proveedores —parásitos a su vez—, sino de una genealogía de miserias y abusos que, de la estampa dickensiana-sentimental de la «industrialización» primera —contemporánea del «Manifiesto»—, nos remitiría a los esclavos de Esparta y Atenas, a

los de Asiria y a las complejas incidencias del Pentateuco. El estadio de «vida» en que estamos colocados descansa sobre un denso, multi-secular mantillo de obscenidades sociales. La «especie» se aguanta sobre eso.

Este despliegue de ferocidad confusa, que quizás admite llantos y protestas retroactivos, hipócritas en definitiva, constituye el presupuesto de nuestra vida cotidiana. Da lugar a una rutina. Y la «especie» se aferra a ello. No me agrada emplear el término «especie» como sujeto de una oración gramatical. ¿Qué es la «especie»? Digo «yo», digo «silla», digo «tú», digo «dólar», digo «perro», o «ibeeme», o «surrealismo», o «avión», y sé a qué atenerme. ¿«Especie»? Y sin embargo... No entraré en los detalles de la posible discusión nominalista. Me limito a constatar lo constatable, y que no admite retenciones: la rutina. Esas rutinas de fondo, tranquilas, adocenadas, insignificantes, son la «vida». Son la vida de la especie: en su seguridad se asienta la expectativa de que siga habiendo hombres sobre la tierra. La rutina es una explícita manifestación de «conformismo». ¡Y tanto! Gracias a ella, la trayectoria del hombre no ha sido la de tal o cual bestia antediluviana. Y el hombre ve cómo desaparecen sus congéneres más bonitos: cebras, mariposas, elefantes, gacelas, ballenas, águilas... «Cuando las barbas de tu vecino veas afeltrar...» La aventura incide con sus razones o sus sinrazones: no vamos a discutirlo. Pero ha de tener el soporte de los no-aventureros, de las manufacturas habituales de criaturas y de labor, el número inmenso de la rutina. Es decir: la «especie» en su consistencia más sólida. La «especie» se resiste a extinguirse, y aguanta: aguanta sus propias locuras. Los «locos» que salen de su seno y la ponen día sí y día no a dos dedos de la catástrofe, se toman la licencia del desdén: según la doctrina, la increpan con vocablos tan curiosos como «rebaño», «alienación» y similares. Los Improvisadores de utopías suelen ser más sensatos: piensan en la estabulación del hombre, y eso, en última instancia, supone la preservación de la «especie»...

Es un tema de reflexión.

Joaquín FUSTER

COLEGIO ALBOR

Calle Gomis, 102 y Paseo San Gervasio, 97. Tels. 247-07-39 y 247-55-38
JARDIN INFANCIA — PARVULARIO — E. G. B.
Grandes jardines, sol, clases espaciosas con un máximo de 25 alumnos
Profesorado consciente de la responsabilidad de su tarea
Matrícula abierta a partir del 20 de agosto, de 5 a 7, en la c. de Gomis, 102
Media pensión — Servicio de coche.

!!!TELEVISORES!!!

Las mejores marcas y modelos 1973

VHF - UHF y color b/n

¡¡Desde 100 pesetas

semanal!

Sin recargo. Sin fiador. Regalamos antena / mesita. Servimos al día. Visitas a domicilio

Tel. 339 32 01

EXTRAVIDA PERRITA FOX TERRIER

El jueves, día 30 de agosto, 7 tarde, alrededores estación Renfe, en Malgrat de Mar. Tiene pelo blanco rizado con dos manchas negras en el lomo y orejas y frente marrón. Atiende por «Trinus» y no comprende español. Cualquier información que pueda facilitar su localización será espléndidamente retribuida. Sra. Garriga, Avda. Buen Pastor, Malgrat de Mar, Teléf. 390-20-15